

Cumpleaños de Usigli

Javier Wimer

Cuando amanecí a la luz de la razón, Rodolfo Usigli ya estaba instalado en el retrato de la familia. Era tan amigo de mi padre y de mi madre que a los dos les aconsejó, por cuerda separada, que evitaran el matrimonio. Como su iniciativa no tuvo éxito se acomodó a la situación y adoptó a la pareja como refugio de su persistente soltería.

Alrededor de 1939, el año de la guerra, iba casi todos los domingos a nuestra casa en la Colonia del Valle. Llegaba temprano y se iba tarde, después de tomar la copa, comer, discutir las novedades del momento. A mí me trataba con esa ceremoniosa dignidad que algunos adultos reservan para halagar a los menores. Me hacía preguntas y daba respuesta minuciosa a las mías.

Lo recuerdo como un hombre amable, irónico y extravagante en su modo de vestir. Usaba todos los artefactos que podían evocar su europeísmo: botines, bastón o paraguas, guantes, boquilla y alguna vez, si mi memoria no lo inventa, llevó un monóculo que sólo volví a ver en las películas con generales y diplomáticos prusianos. Ostentaba este estilo como derecho natural, pues era hijo de padre italiano y madre polaca, y lo adornaba, de tanto en tanto, con alusiones a los antecedentes nobiliarios de su linaje paterno.

Es fácil suponer que tal forma de ser y de presentarse irritara a sus compañeros de generación, a los comunistas de atuendo proletario y, en especial, a los más venenosos

miembros del grupo Contemporáneos con quienes competía en cosmopolitismo y quienes se desquitaban de sus aires de superioridad, expresión de timidez, mediante epigramas que circulaban de boca en boca y entre los cuales sobrevive el que le dedicó su irónico amigo Xavier Villaurrutia.

La diferencia, Rodolfo,
entre un tonto y un inglés
es que el inglés es inglés
y el tonto cree que lo es

El ojo infantil es como un periscopio todo terreno porque el niño aprovecha su relativa insignificancia, su relativa invisibilidad entre adultos, para hurgar en todos los rincones y secretos de la casa. Acecha, debajo de la mesa, detrás de las puertas o a plena luz de su garantizada inocencia y lleva un registro a ras de tierra de las relaciones humanas que tiene a su alcance.

Al asistir, en semianonimato, a las conversaciones de los mayores, de los grandes como decíamos entonces, aprendí que ese hombre bien educado y cariñoso que era Usigli en la intimidad, también podía ser áspero, pedregoso y pendenciero en el mundo exterior. Mi padre, que era hombre de teatro, le reprochaba que por defenderlo ya estaba peleado con medio mundo, es decir, con medio Tupinamba y con medio Café París, y mi madre, que era escritora, también le transmitía las quejas de colegas agraviados.

Su idilio, que terminaría en boda, con una joven actriz llamada Josette Simó y la muerte de mi padre en 1941, interrumpieron la regularidad de esta rutina amistosa. Usigli, nacido y autoconstruido como personaje romántico, estaba perdidamente enamorado de ella y tenía fama de complacerla en todos sus caprichos, incluyendo la catas-



Puesta en escena de *El gesticulador*, 1979

trófica idea de atribuirle el papel de la Emperatriz Carlota en la representación de *Corona de Sombra*.

La relación con mi familia adoptó otro ritmo. Usigli nos invitaba a sus estrenos y, cuando mi hermano y yo nos convertimos en jóvenes, a tertulias donde aparecían personajes como Alfonso Reyes, quien no aceptaba sino excepcionalmente asistir a este tipo de reuniones, o el pintor Manuel Rodríguez Lozano, iconoclasta como él y siempre atareado en su lucha contra el realismo revolucionario.

En 1956 el Presidente Ruiz Cortines lo nombró Embajador de México en Líbano, donde residió hasta 1962, año en que fue transferido a Noruega. Bien cuadraba a su temperamento aristocrático y solemne el cargo de embajador que le permitía asomarse al mundo sin apremios económicos y ocupar los tiempos libres en su quehacer literario. Cuando el Presidente lo recibió en su despacho para confirmarlo en su misión, en ceremonia ya derogada por la vanalización de la diplomacia, lo hizo un hombre feliz. Repetía y celebraba una y otra vez el diálogo que había tenido con el Jefe del Estado.

Dejó el servicio exterior en 1971 y ya lo vi en pocas ocasiones. La que mejor recuerdo, en el homenaje que se le dedicó el año de 1974 en el antiguo edificio de la Biblioteca Nacional. Por ahí andaba Usigli con una gran sonrisa y por ahí andaba Jaime Torres Bodet, inusualmente cordial y ya preparado para emprender el camino de la muerte.

Usigli entendió el teatro no como una profesión, aunque haya alcanzado la excelencia en su ejercicio, sino como un modo de entender, de asumir y de transformar la vida. Por los anchos caminos de la poesía se encontró con el teatro y por los caminos del teatro se encontró con la historia y con la política. Las otras actividades que tuvo en tanto que maestro, funcionario o diplomático, resultan ancilares, como diría Reyes, respecto de su vocación absoluta por el teatro.

Esta vocación se muestra en la calidad y cantidad de sus obras dramáticas, cuyo número ronda la cuarentena, así como los ensayos ya clásicos sobre la historia y destino del teatro mexicano. En los dos casos se manifiesta su obsesión por crear un teatro



Puesta en escena de *El gesticulador*, 1983

genuinamente nacional que no fuera mera prolongación del viejo teatro español o simple remedo de las comedias de moda en Londres o en París. De un teatro que fuera producto de nuestra realidad y de nuestras aspiraciones pero que no se perdiera en los médanos del costumbrismo y del folclor.

Desde el principio de su carrera, Usigli abre su juego como autor de un teatro crítico de la sociedad y de la política. Exhibe la corrupción del proceso revolucionario y las miserias morales de la burguesía emergente. Su producción entre 1929 y 1940 es muy rica y definitoria de sus objetivos, pero entre varias obras memorables sobresale *El gesticulador*, escrito en 1937, que relata la historia del usurpador de un héroe revolucionario y cuyo estreno constituyó uno de los mayores escándalos de nuestra vida teatral. Los chismosos identificaban en la pieza a personajes de la política diaria mientras algún enemigo de Usigli descubriría sus coincidencias con el *Topaze* de Marcel Pagnol.

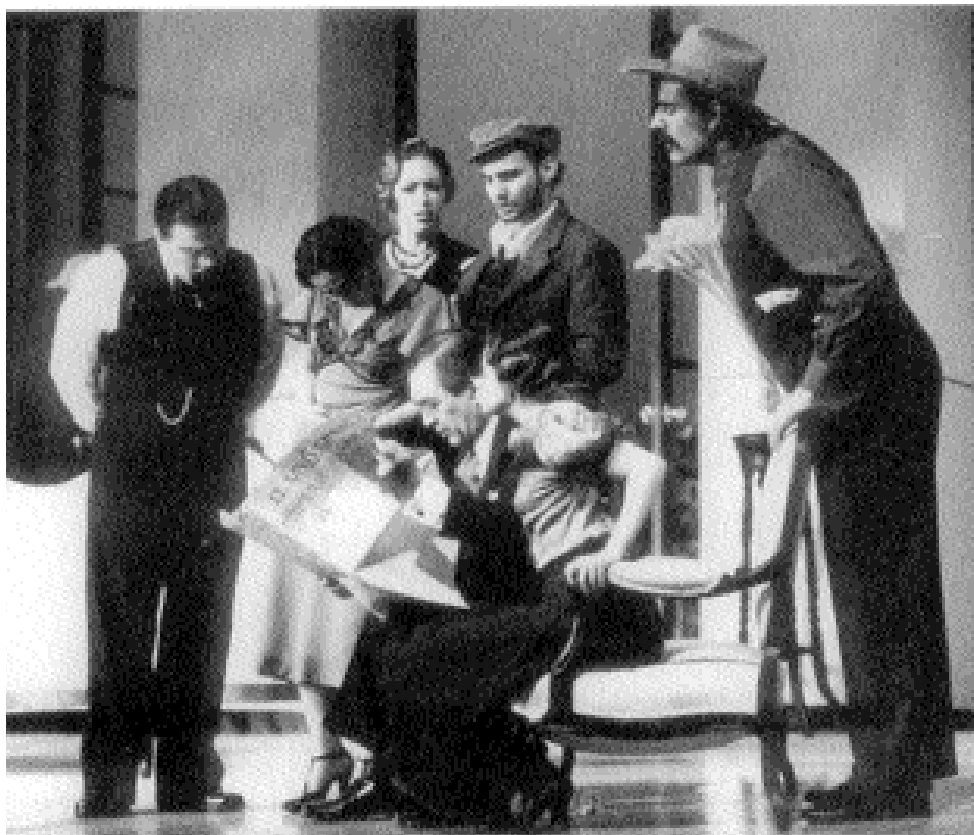
De ese mismo decenio son los ensayos *México en el teatro*, *Caminos del teatro en México* e *Itinerario del autor dramático*, que ponen en blanco y negro las mismas

tesis que animan al conjunto de su obra dramática. En particular la idea del teatro como voz y verdad del pueblo, como necesario instrumento de pedagogía y de lucha política. De un teatro escrito con pasión pero con cierta distancia irónica que también aparece en Shaw y en Brecht.

En la obra de Usigli no hay solución de continuidad, no hay contradicción o ruptura en un pensamiento que se expresa en distintos géneros aunque siempre tenga por eje central el teatro. Usigli llegó a ser lo que quiso ser y tiene la identidad por la que le gustaría ser recordado: un dramaturgo o, en sus propias palabras, un poeta dramático.

Por estas razones sus piezas más características son aquellas en que el discurso teatral expresa sus preocupaciones ideológicas. Pienso, sobre todo, en la trilogía compuesta por *Corona de Fuego*, *Corona de Luz* y *Corona de Sombra* que constituye una propuesta especulativa sobre momentos claves de nuestra constitución histórica. Textos todos que ponen de relieve la relación entre el Usigli ensayista y el Usigli dramaturgo.

Rodolfo Usigli es el fundador del teatro mexicano y el más brillante de sus autores. Entre sus compañeros de generación,



Puesta en escena de *Noche de estío*, 1999

como Celestino Gorostiza, Salvador Novo o Xavier Villaurrutia, destaca por haber combinado talento creativo con un dominio riguroso del oficio. Su influencia se extiende, de modo directo o paradigmático, a nuestras sucesivas vanguardias teatrales. Personajes como José de Jesús Aceves, Luis G. Basurto, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Jorge Ibargüengoitia o Sergio Magaña han reconocido su magisterio o se han inspirado en su ejemplo.

Y por ser evidente su patriarcado y abrumadora su presencia en el teatro mexicano, es imposible negarle el lugar que merece en este género. Sus malquerientes sí pudieron, en cambio, condenar al silencio o a la sospecha su obra como ensayista y novelista.

En su admirable prólogo *A tiempo y memoria en conversación desesperada*, que reúne la poesía de Usigli, José Emilio Pacheco dice que:

si pensamos en los Contemporáneos como en grupo, Usigli no pertenece a él, a despecho de la amistad y de la cercanía. Si lo vemos como el sector mexicano de una generación que abarcó el ámbito entero de nuestra lengua, Usigli es una de las figuras centrales de los Contemporáneos.

Sus ambiguas relaciones con los miembros del grupo o secta que llevaba este nombre se encuentran, sin duda en el origen del vacío con que fueron recibidos su poesía, su prosa y su obra como novelista.

Ensayo de un crimen es la primera novela que tiene por escenario y personaje principal a la Ciudad de México. Deja atrás las nostalgias agrarias y las tardías tentaciones de la épica revolucionaria que había alcanzado su apogeo en Martín Luis Guzmán, para adentrarse en los vericuetos de una ciudad que, por su tamaño y densidad, apenas comenzaba a ser urbana. En los años cuarenta todavía el surco abrazaba al empedrado y al asfalto, todavía los caballos dormían en las habitaciones de sus jinetes y todavía el aserrín anunciaba el esplendor de las pulquerías.

Después vendrían sus mutaciones y sus evangelistas. La madurez y el caos. Pero fue Usigli el primer retratista calificado de la ciudad, el precursor de las novelas de Luis Spota, de las obras mayores como *La región más transparente* de Carlos Fuentes, y, en fechas más recientes, de los acercamientos a nuestros paisajes urbanos del chileno Roberto Bolaño.

Y sin embargo, la publicación de *Ensayo de un crimen*, pasó casi inadvertida y el vacío crítico que acompañó su nacimiento, ha

marcado su destino. El libro es difícil de encontrar y muchos sólo lo recuerdan por la película de Buñuel. Nadie es responsable del silencio pero la historia literaria apunta, de nuevo, a sus pleitos con los Contemporáneos.

Este menosprecio que desembocó en una forma de ostracismo resulta difícil de explicar pues Usigli era muy amigo de algunos miembros del grupo, como Xavier Villaurrutia, aunque fuera muy enemigo de otros, como Salvador Novo. En todo caso, su exclusión y la exclusión de Elías Nandino de la famosa *Antología de la poesía mexicana moderna*, de 1928, son evidentemente arbitrarias y huelen a rencorillos de aldea. No imagino a Jorge Cuesta convocando a una sesión para excomulgar poetas pero sí cediendo a los apremios de solidarías antipatías tribales.

También se le regateó su condición de gran ensayista y se olvida con frecuencia su aportación al debate sobre el ser del mexicano que fue el tema dominante de nuestra vida intelectual a mediados del siglo pasado. En la crónica filosófica se cita invariablemente a los maestros españoles y locales que introdujeron la fenomenología y el existencialismo alemán. A José Gaos, Samuel Ramos, Leopoldo Zea y a otros miembros del grupo Hiperión: Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevárez, Emilio Uranga, Fausto Vega y Luis Villoro.

Pero hemos de tener presente que en este debate participó toda la inteligencia mexicana, lo mismo filósofos, poetas e historiadores que sociólogos y psicoanalistas. La principal contribución de Usigli a esta reflexión colectiva es el *Epílogo sobre la hipocrésia del mexicano*, que fue publicada como anexo al *El gesticulador* y que encuentra en ciertos procesos históricos la explicación de la personalidad nacional. Muy en el estilo de ese tipo de ensayo cuyo mejor ejemplo es *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz.

Hace cien años nació Rodolfo Usigli y este aniversario nos ofrece la oportunidad de emprender un rescate crítico de su obra y de sus ideas, de revisar y reconstruir un periodo esencial de la historia del teatro y de la cultura mexicana. De hacerlo, a partir de una visión que recoja el vigor polémico de su pensamiento y que trascienda los silencios que le impusieron sus enemigos. **U**